

Neil Gaiman



En el subsuelo de Londres, como debajo de cada gran ciudad, existe un mundo desconocido e invisible, plagado de extraños seres, en el que sobrevivir depende de abrir las puertas adecuadas...

«Hay mundos bajo tus pies, espías bajo las escaleras y formas que esperan al otro lado de los portales, que sólo has atisbado en tus sueños. Tras leer Neverwhere, nunca volverás a pasar por los sombríos lugares del mundo moderno con la misma confianza infantil. A veces la magia se esconde, pero Gaiman, uno de los principales creadores de fantasía de nuestra era, es una de los mejores para encontrarla».

Tad Williams

Para Lenny Henry, amigo y colega
que hizo posible la novela durante todo el proceso;
y Merrylce Heifetz, amiga y agente
que hace que todo sea bueno.

Nunca he estado en el bosque de St. John. No me atrevo. Tendría miedo de la noche infinita de abetos, miedo de encontrarme con una taza rojo sangre y del batir de las alas del Águila.

—El Napoleón de Notting Hill, G. K. Chesterton.

Si jamás dieras medias o zapatos.
entonces todas y cada una de las noches.
siéntate y pónelos.
y que Jesucristo reciba tu alma.

*Sí, esta noche, esta noche, sí.
todas y cada una de las noches.
un fuego y un arroyo y la luz de las velas.
y que Jesucristo reciba tu alma.*

Si jamás dieras carne o bebida.
entonces todas y cada una de las noches.
lograrás que el fuego no te haga retroceder.
y que Jesucristo reciba tu alma.

—El canto fúnebre de velatorio (tradicional).

Prólogo

La noche antes de irse a Londres, Richard Mayhew no se estaba divirtiendo.

Había empezado la noche pasándoselo bien: había disfrutado leyendo las tarjetas de despedida y recibiendo los abrazos de varias jovencitas que conocía y que no estaban del todo carentes de atractivo; le habían gustado las advertencias sobre los males y los peligros de Londres, y el paraguas blanco con el dibujo del mapa del metro de Londres que sus amigos le habían regalado, tras poner dinero entre todos para comprarlo; había disfrutado de las primeras pintas; pero luego, a cada pinta que tomaba, se iba dando cuenta de que se estaba divirtiendo bastante menos; hasta llegar al momento en que estaba sentado y tiritando en la acera fuera del bar de una pequeña ciudad escocesa, sopesando los méritos relativos de vomitar o no, y sin disfrutar en absoluto.

Dentro del bar, sus amigos seguían celebrando su inminente partida con un entusiasmo que, para Richard, empezaba a rayar en lo siniestro. Estaba sentado en la acera y se agarraba fuerte al paraguas enrollado, y se preguntaba si irse al sur, a Londres, era realmente buena idea.

—Será mejor que vigiles —dijo una voz vieja y cascada—. Te harán circular en menos de lo que canta un gallo. —Unos ojos penetrantes le miraban fijamente desde una cara sucia y nariguda—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias —dijo Richard. Era un joven de cara fresca y con aspecto de niño, de pelo oscuro y un poco rizado y de ojos grandes de color avellana; tenía un aire desgrena-

do, como si acabara de despertarse, que le hacía más atractivo al sexo opuesto de lo que él jamás entendería o creería.

El rostro mugriento se dulcificó.

—Pobrecito, toma —dijo la mujer, y le puso una moneda de cincuenta peniques en la mano—. ¿Y cuánto hace que estás en la calle?

—No soy un indigente —explicó Richard, avergonzado, intentando devolverle la moneda a la anciana—. Por favor, coja su dinero. Estoy bien. Sólo he salido a tomar un poco el aire. Mañana me voy a Londres —añadió.

Ella bajó la vista inspeccionándole con recelo y luego aceptó los cincuenta peniques que le devolvía y los hizo desaparecer bajo las capas de abrigos y de chales con los que estaba envuelta.

—Yo he estado en Londres —le confió—. Me casé allí, pero él era una mala persona. Mi madre me dijo que no fuera a casarme a otro sitio, pero yo era joven y hermosa, aunque hoy parezca difícil de creer, e hice lo que me dijo el corazón.

—Estoy seguro de que lo hizo —dijo Richard. La convicción de que estaba a punto de vomitar empezaba, poco a poco, a desvanecerse.

—Para lo que me sirvió. He estado sin techo, así que sé cómo es —dijo la anciana—. Por eso pensé que eras un indigente. ¿Para qué vas a Londres?

—Tengo un trabajo —le dijo, orgulloso.

—¿Haciendo qué? —preguntó ella.

—Mm, valores —dijo Richard.

—Yo era bailarina —dijo la anciana, y se tambaleó torpemente por la acera, tarareando con discordancia para sí misma. Luego se balanceó de un lado a otro como una peonza que va a detenerse, y al final se paró, frente a Richard—. Tiende la mano —le dijo—, y te leeré la buena-ventura.

Él hizo lo que le decía. Ella puso su vieja mano sobre la suya y se la cogió con fuerza y, luego, parpadeó varias veces, como un búho que se hubiese tragado un ratón que comenzaba a sentarle mal.

—Tienes un largo camino que recorrer... —dijo desconcertada.

—Hasta Londres —le dijo Richard.

—No sólo Londres... —la anciana hizo una pausa—. No es ningún Londres que yo conozca —entonces se puso a llover, suavemente—. Lo siento —dijo—. Empieza con puertas.

—¿Puertas?

La mujer asintió con la cabeza. La lluvia cayó con más fuerza, tamborileando en los tejados y en el asfalto de la calle.

—Yo de ti tendría cuidado con las puertas.

Richard se levantó, algo vacilante.

—De acuerdo —dijo no muy seguro de cómo debería tomarse una información de esa naturaleza—. Lo haré. Gracias.

La puerta del bar se abrió y la calle se inundó de luz y de ruido.

—¿Richard? ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo. Enseguida vuelvo —la anciana ya se alejaba por la calle, tambaleándose bajo el chaparrón y mojándose. A Richard le dio la sensación de que tenía que hacer algo por ella: pero no podía darle dinero. Corrió tras ella, por la calle estrecha, con la lluvia fría empapándole la cara y el pelo—. Tenga —dijo Richard. Intentó torpemente encontrar el botón que abría el paraguas en el mango. Entonces se oyó un clic, y el paraguas se abrió mostrando un mapa blanco gigante de la red de metro de Londres, cada línea dibujada en un color diferente, cada estación marcada y con su nombre.

La anciana lo aceptó, agradecida, y le sonrió para demostrarle su gratitud.

—Tienes un buen corazón —le dijo—. A veces eso basta para llegar a salvo adonde quiera que vayas. —Luego meneó la cabeza—. Aunque, la mayoría de las veces, no basta.

Agarró con fuerza el paraguas cuando una ráfaga de viento amenazó con arrancárselo o volverlo del revés. Lo rodeó con los brazos y se inclinó hasta casi doblarse contra la lluvia y el viento. Luego se alejó, perdiéndose en la lluvia y en la noche, una forma blanca y redonda, cubierta por los nombres de las estaciones del metro de Londres: Earl's Court, Marble Arch, Blackfriars, White City, Victoria, Angel, Oxford Circus...

Richard se sorprendió preguntándose, borracho, si de verdad había un circo en Oxford Circus: un circo auténtico con payasos, mujeres hermosas y fieras peligrosas. La puerta del bar se abrió otra vez: una explosión de sonido, como si justo entonces hubiesen subido el botón del volumen del bar.

—Richard, idiota, es tu maldita fiesta y te estás perdiendo toda la diversión.

Volvió a entrar en el bar, las ganas de vomitar perdidas por lo insólito de lo sucedido.

—Pareces un pollo mojado —dijo alguien.

—Tú no has visto nunca un pollo mojado —dijo Richard. Otra persona le pasó un vaso grande con whisky.

—Toma, trágate esto. Te hará entrar en calor. ¿Sabes?, en Londres no encontrarás whisky escocés auténtico.

—Seguro que sí —suspiró Richard. Le caían gotas de agua del pelo en el vaso—. En Londres tienen de todo —se bebió el escocés de un trago y, después, alguien le invitó a otro y luego la noche se hizo borrosa y se rompió en fragmentos: más tarde sólo recordaba la sensación de que estaba a punto de dejar un lugar pequeño y racional, un lugar que tenía sentido, por otro sitio enorme y antiguo que no lo tenía; y recordaba también haber vomitado interminablemente en una alcantarilla por la que corría el agua de lluvia, en algún momento en las primeras horas de la ma-

drugada; y una forma blanca marcada con símbolos de colores extraños, como un escarabajo pequeño y redondo, que se alejaba bajo la lluvia.

A la mañana siguiente se subió al tren para el viaje de seis horas hacia el sur que le llevaría a los extraños chapiteles y arcos góticos de la estación de St. Pancras. Su madre le dio un pastelito de nueces que le había hecho para el viaje y un termo lleno de té; y Richard Mayhew se fue a Londres, sintiéndose fatal.

1

Ya llevaba cuatro días corriendo, una huida alocada y llena de caídas a través de pasadizos y túneles. Tenía hambre y estaba agotada y más cansada de lo que un cuerpo podía soportar, y cada puerta consecutiva resultaba más difícil de abrir. Después de cuatro días de huida, había encontrado un escondite, una madriguera diminuta de piedra, bajo el mundo, donde estaría a salvo, o eso rogaba, y por fin durmió.

El Sr. Croup había contratado a Ross en el último Mercado Flotante, que se había celebrado en la abadía de Westminster.

—Piense en él —le dijo al Sr. Vandemar— como en un canario.

—¿Canta? —preguntó el Sr. Vandemar.

—Lo dudo: lo dudo muchísimo, sinceramente —el Sr. Croup se pasó la mano por el pelo lacio de color naranja—. No, mi buen amigo, estaba pensando metafóricamente, más en el tipo de pájaros que se llevan a las minas.

El Sr. Vandemar asintió con la cabeza, empezando poco a poco a comprender: sí, un canario. El Sr. Ross no tenía ningún otro parecido con un canario. Era enorme, casi tan grande como el Sr. Vandemar, y estaba sucísimo y era completamente calvo y hablaba muy poco, aunque se preocupó por decirle a cada uno de ellos que le gustaba matar cosas y que lo hacía muy bien; lo que divirtió al Sr. Croup y al Sr. Vandemar. Sin embargo, era un canario y nunca lo supo.

Así que el Sr. Ross iba delante, con su camiseta mugrienta y sus tejanos roñosos, y Croup y Vandemar caminaban detrás de él, con sus elegantes trajes negros.

Hay cuatro maneras sencillas en que el observador casual podría distinguir al Sr. Croup del Sr. Vandemar: primera, el Sr. Vandemar le saca dos cabezas y media al Sr. Croup; segunda, el Sr. Croup tiene ojos de un azul porcelana desvaído, mientras que los del Sr. Vandemar son marrones; tercera, mientras que el Sr. Vandemar hizo los anillos que lleva en la mano derecha con los cráneos de cuatro cuervos, el Sr. Croup no lleva ninguna joya aparente; cuarta, al Sr. Croup le gustan las palabras, mientras que el Sr. Vandemar siempre tiene hambre. Además, no se parecen en nada.

Un susurro en la oscuridad del túnel; el cuchillo del Sr. Vandemar estaba en su mano y luego ya no lo estaba, y se hallaba vibrando ligeramente a casi diez metros de allí. Se acercó a su cuchillo y lo cogió por la empuñadura. En la hoja había una rata gris atravesada, su boca abriéndose y cerrándose impotente mientras se le escapaba la vida. Le aplastó el cráneo entre el índice y el pulgar.

—Bueno, esa rata ya no tendrá que hacer ninguna cola más —dijo el Sr. Croup. Se rio de su propio chiste. El Sr. Vandemar no respondió—. Rata, colas, ¿no lo coge?

El Sr. Vandemar sacó la rata de la hoja del cuchillo y se puso a mastigarla, pensativamente, empezando por la cabeza. El Sr. Croup se la quitó de las manos de un golpe.

—No haga eso —dijo. El Sr. Vandemar se guardó el cuchillo, un poco huraño.

—Arriba ese ánimo —dijo entre dientes el Sr. Croup. De modo alentador—. Siempre habrá otra rata. Ahora, adelante. Tenemos cosas que hacer y gente a la que hacer daño.

Tres años en Londres no habían cambiado a Richard, aunque sí su forma de ver la ciudad. Al principio. Richard se ha-

bía imaginado Londres como una ciudad gris, incluso negra, por las fotos que había visto, y le sorprendió que estuviera llena de color. Era una ciudad de ladrillo rojo y piedra blanca, de autobuses rojos y grandes taxis negros, de buzones rojo intenso y de parques y cementerios verdes y cubiertos de hierba.

Era una ciudad donde lo muy antiguo y lo nuevo y poco elegante se imponían a empujones, no de forma incómoda, pero sin respeto; una ciudad de tiendas y oficinas y restaurantes y hogares, de parques e iglesias, de monumentos ignorados y palacios increíblemente poco palaciegos; una ciudad de cientos de distritos con nombres raros. —Crouch End, Chalk Farm, Earl's Court, Marble Arch—, e identidades extrañamente bien diferenciadas; una ciudad ruidosa, sucia, alegre, aquejada de problemas, que se alimentaba de turistas, los necesitaba tanto como los despreciaba; donde la velocidad media del transporte urbano no había aumentado en trescientos años, después de quinientos años de ensanchamiento intermitente de carreteras y torpes compromisos entre las necesidades de los peatones y las necesidades del tráfico, ya fuera tirado por caballos o, más recientemente, motorizado; una ciudad habitada por y abarrotada de gente de todos los colores y estilos y clases.

Cuando llegó, Londres le pareció enorme, peculiar, esencialmente incomprensible, un lugar en el que sólo el mapa del metro, esa exposición topográfica elegante y multicolor de líneas y estaciones de ferrocarril subterráneas, le daba una apariencia de orden. Poco a poco, se dio cuenta de que el mapa del metro era una ficción práctica que hacía que la vida fuera más fácil pero que no tenía el más remoto parecido con la realidad de la forma de la ciudad de arriba. Era como pertenecer a un partido político, pensó una vez, con orgullo, y luego, tras haber intentado explicar el parecido entre el mapa del metro y la política, en una fiesta, a un grupo de extranjeros desconcertados, decidió

que en el futuro dejaría los comentarios políticos para otras personas.

Siguió, lentamente, por un proceso de ósmosis y sabiduría blanca (que es como el ruido blanco, pero más útil), comprendiendo la ciudad, un proceso que se aceleró cuando se dio cuenta de que la City de Londres propiamente dicha no medía más de un kilómetro y medio cuadrado y se extendía desde Aldgate al este hasta Fleet Street y los tribunales de Old Bailey al oeste, un municipio diminuto que ahora era el centro de las entidades financieras de Londres, y de que era allí donde todo había empezado.

Dos mil años antes. Londres había sido un pueblecillo celta en la costa norte del Támesis. Con el que los romanos se habían topado y en el que luego se habían establecido. Londres había crecido, despacio, hasta que, más o menos unos mil años después, se encontró con la diminuta Royal City de Westminster justo al oeste y, una vez construido el Puente de Londres, llegó a la ciudad de Southwark justo al otro lado del río; y continuó creciendo, campos y bosques y pantanos desapareciendo lentamente bajo la próspera ciudad, y continuó su expansión, encontrándose con otros pueblecitos y aldeas a medida que crecía, como Whitechapel y Deptford al este, Hammersmith y Shepherd's Bush al oeste, Camden e Islington al norte, Battersea y Lambeth al otro lado del Támesis al sur, absorbiéndolos todos, exactamente igual que un charco de mercurio encuentra e incorpora perlas más pequeñas de mercurio, y dejando sólo sus nombres.

Londres se convirtió en algo enorme y contradictorio. Era un buen lugar y una ciudad excelente, pero se tiene que pagar un precio por todos los lugares buenos y es un precio que todos los lugares buenos tienen que pagar.

Después de un tiempo, Richard se dio cuenta de que daba Londres por sentado; con el tiempo, empezó a enorgullecerse de no haber visitado ninguno de los lugares de interés (excepto la Torre de Londres, cuando su tía Maude

vino a la ciudad para un fin de semana, y Richard se vio convertido, a regañadientes, en su acompañante).

Sin embargo, Jessica lo cambió todo. Richard se encontró los fines de semana, que, por lo demás, eran aceptables, acompañándola a sitios como la National Gallery y la Tate Gallery, donde aprendió que pasearse por museos demasiado tiempo hace que a uno le duelan los pies; que después de un rato, todos los grandes tesoros artísticos del mundo se desdibujan, mezclándose los unos con los otros; y que está casi más allá de la capacidad humana de dar crédito a algo aceptar lo que las cafeterías de los museos tienen el descaro de cobrar por un trozo de pastel y una taza de té.

—Aquí tienes el té y el plato de nata —le dijo—. Habría costado menos comprar uno de esos Tintoretos.

—No exageres —dijo Jessica alegremente—. Además, no hay ningún Tintoretto en la Tate Gallery.

—Tendría que haber pedido el pastel de cerezas —dijo Richard—, entonces habrían podido permitirse otro Van Gogh.

Richard había conocido a Jessica en Francia, en un viaje de fin de semana a París dos años antes; de hecho la había descubierto en el Louvre, cuando intentaba encontrar al grupo de amigos de la oficina que había organizado el viaje. Con los ojos clavados en una escultura inmensa, había dado un paso atrás y había chocado contra Jessica, que estaba admirando un diamante grandísimo e importante desde el punto de vista histórico. Intentó disculparse en francés, que no lo hablaba, se rindió y empezó a disculparse en inglés, luego intentó disculparse en francés por tener que hacerlo en inglés, hasta que se dio cuenta de que Jessica era todo lo inglesa que alguien podía ser. Para entonces, ella había decidido que él debería invitarla a un caro bocadillo francés y a un zumo de manzana con gas y de un precio prohibitivo, a modo de disculpa, y, bueno, ése fue el principio de todo, la verdad. Después de aquello, nunca

había logrado convencer a Jessica de que no era el tipo de persona que iba a galerías de arte.

Los fines de semana en que no iban a galerías de arte o a museos, Richard solía ir detrás de Jessica mientras ella iba de compras, cosa que hacía, en general, en el próspero barrio de Knightsbridge, a corta distancia y a un trayecto en taxi aún más corto de su apartamento en una callejuela de Kensington. Richard solía acompañar a Jessica en sus recorridos por emporios enormes e intimidadores como Harrods y Harvey Nichols, almacenes donde Jessica podía comprar cualquier cosa, desde joyas hasta libros e incluso las provisiones de la semana.

Richard se había sentido sobrecogido por Jessica, que era muy guapa y a menudo bastante divertida y no había duda de que iba a alguna parte. Y Jessica vio en Richard muchísimo potencial, que bien aprovechado por la mujer adecuada, le habría convertido en el complemento matrimonial perfecto. Si fuera un poco más centrado, murmuraba Jessica para sí misma, y entonces le daba libros con títulos como *Vestirse para el éxito* y *Ciento veinticinco costumbres de hombres que han triunfado*, y libros sobre cómo dirigir un negocio como si fuera una campaña militar, y Richard siempre le daba las gracias y siempre tenía intención de leerlos. En la sección de moda masculina de Harvey Nichols ella le escogía el tipo de ropa que creía que él debería llevar, y él se la ponía, durante la semana, al menos; y, un año después de su primer encuentro, ella le dijo que creía que ya era hora de que fueran a comprar un anillo de compromiso.

—¿Por qué sales con ella? —preguntó Gary, de Contabilidad de la Empresa, dieciocho meses después—: Es aterrador.

Richard negó con la cabeza.

—Es un encanto, una vez que llegas a conocerla. Gary dejó el troll de plástico que había cogido de la mesa de Ri-